

# EL PANORAMA.

## EL AVARO,

### Ó UNA HIJA Y UN TESORO.

#### I.

En el año de 1793 se descubría, algunas leguas mas allá de Estrasburgo, en el camino de París, una casa de mezquina apariencia y construida en medio de un jardín. Al extremo de este y cerca del camino real se alzaban los restos de una capilla arruinada. Esta pequeña posesion formaba parte en otro tiempo de un rico patrimonio; pero, de resultas de la revolucion, había sido incorporada á los bienes nacionales y vendida á vil precio al ciudadano Tronchain, anciano pobre, pero patriota y establecido en Alsacia desde jóven.

En el jardín y cerca de las ruinas de la capilla, veíase una jóven de talle esbelto y ligero, apoyada en uno de los árboles que allí crecían sin orden. Tal vez no queria ser descubierta por los habitantes de la casa, pues se abrigaba detras de un espeso arbusto; y por otra parte debería estar pasando en aquel momento dentro de la casa algun suceso de poderoso interes para ella, porque su vista estaba inmóvil y fija en la única ventana iluminada. Una hora hacia que estaba allí, un movimiento nervioso y convulsivo habia descubierto por intervalos la ansiedad de su alma. La luz que estuviera largo tiempo fija se ajitó de repente, pasó de un lado á otro de la vi-

deiera, abrióse una puerta y tornó á cerrarse, el silencio de la noche fué de nuevo interrumpido por un rumor de pasos precipitados, y la jóven se estremeció al acercarse á ella un hombre que venia jadeando.

— Y qué? Armando... preguntó con voz trémula.

— Cruelmente negado, Catalina, contestó el jóven con acento sombrío.

— Oh Dios eterno! y qué razones ha podido alegar...

— Qué sé yo? me ha hablado de un compromiso, de una promesa sagrada: pero es un pretesto, una mentira: tú no ignoras sus fúnestos designios.

— Padre mio! padre mio! quieres matar á tu hija?

— Todo ha sido una ficcion, continúa el impetuoso jóven, me cree indigno de ser su yerno, y sin embargo, si yo no soy rico, lo es tu padre mas que yo? No soy yo como el un amigo del pueblo, un buen patriota? No te amo con todo el poder de mi alma? Podré acaso vivir sin ti? Y desprecia mi súplica! Y te arroja en los brazos de otro! — Ah!

— Jamas! exclamó la doncella sollozando.

— Jamas! y qué hemos de hacer? No te espantá el único recurso que nos queda? No, no, la sentencia de tu padre es irrevocable: oh! tuvo razon en tratarme como un miserable; lo soy en efecto porque temes confiarte á mí! Pues bien, añadió con desesperado acento, ya que los dos me rechazais, adios, y caiga mi sangre sobre vuestras cabezas!

Y dichas estas palabras, el insensato le-

vanta su mano armada de un puñal, y vá á herirse; pero la jóven le deliene el brazo, intenta hablar y el terror ata su lengua: únicamente algunos sonidos confusos, ininteligibles expiran en sus labios: el jóven desprende su mano y el acero se levanta de nuevo.

— Armando! exclama al fin Catalina, arrojándose en los brazos de su amante, dispon de mí! qué quieras? obedeceré.

El amante enajenado de gozo arroja el puñal lejos de sí y dice: Dentro de una hora, en la capilla, todo estará dispuesto para nuestra fuga.

— Iré, iré! y perdóneme Dios!

Huyó Catalina aterrada de su promesa: Armando embargado de placer permaneció un instante inmóvil; en seguida levantó bruscamente la cabeza y desapareció como una centella.

## II.

Un retrete subterráneo húmedo y frío, donde jamas penetró un rayo de sol, á quince pies bajo de tierra, una toesa cúbica de aire melítico para alimentar un pecho oprimido: tal era la tumba en que se había sepultado voluntariamente hacia media hora una criatura humana.

Era un anciano. Merced á la débil claridad de una lámpara, se le podía ver agachado en el fondo de aquella caverna, con la cabeza apoyada en sus trémulas manos y en actitud de meditar profundamente. Pásanse de este modo algunos momentos; en seguida se levanta, dá repetidos paseos murmurando palabras extravagantes é inconexas; poco á poco sus pensamientos se coordinan y acompaña cada una de sus frases con una carcajada singular.

— Dos millones y quinientos mil francos en oro enterrados aquí! exclamó; y cuando voy á Estrasburgo el pueblo salu-

da mi noble pobreza! ah! ah! ah! y cuando un artesano depona una débil suma en el altar de la patria, yo doy la mitad y se admira mi jenerosidad porque soy un pobre anciano!... ah! ah! ah! los engaña, me burlo de ellos, los aborrezco y ellos me aman! Trouchain, dicen, oh, buen ciudadano, excelente patriota! ah! ah! ah!... Si la república supiese que tengo aquí 2.500,000 francos en oro! con que equipar muchos rejimientos! con que armar veinte motines! con que pagar veinte traiciones!... Pero no, sería preciso que conociesen mi secreto! ah! ah! ah! Que vengan! Desde aquí, he despreciado á los oficiales de la corona, porque en su tiempo siendo yo villano no tenía el derecho de ser rico y ahora desprecio á los sanguineas de la república! ah! ah! ah! Nobles, pueblo, he salvado mi oro de vuestras garras! — Mi oro!... mi oro es mi amor, mi vida, mi alma!... Y diciendo estas palabras su tez se animaba, sus ojos chispeaban, sus manos descarnadas se paseaban con deleite sobre cada uno de los montones metálicos agrupados á sus pies... Después prosiguió; ah! ah! ah! pobre Schneider, no has olfateado esto! pero consuélate, vaya! el huron tiene la cueva muy profunda! que peño ha de descubrirla!... ah! ah! ah! anda, Schneider, pega tus oídos contra el suelo, mi oro se deslizará sin temor entre mis dedos, porque nada oirás! no oyes nada, no es verdad? oh! bien lo sabía yo; ah! ah! ah! mira, escucha, tambien yo puedo exhalar mi odio sin peligro; puedo levantar la voz y gritar: muera la república! muera Schneider! muera y tú no oirás nada—ah! ah! ah! Aquí, Schneider, no te temo, te desprecio, te desafío; oh! créeme, Schneider, tienes que renunciar tu empleo.

Y el otro que me pide á mi hija! mi hija había de ser tuya, necio? y que sería de mi oro entre tus manos, di, loco! que

preferirías patria, mujer y placeres al oro! pero sería el cuento de nunca acabar: despus de haber disipado el tuyo, me espiarías, sorprenderías mi secreto: tal vez vendrías á hallarme y entónces tendria que decirte: Toma, devora mi carne, mis huesos, bebe mi sangre— Tente, sacrilego, tente, miserable! mi hija tuya? nunca, nunca, nunca.—

Pero las nubes que oscurecian la frente del anciano, se disipan sin dejar sus huellas; su cólera se apacigua; tiende una nueva mirada de satisfaccion á sus tesoros: entónces consulta su reloj y dice suspirando: Ya es hora de partir. — Con una mano levanta la lámpara y con la otra empuja una piedra que encubría la entrada de la sombría caverna, y en el momento de desaparecer vuelve otra vez la cabeza al objeto de su ternura y se separa como de una querida, diciendo: hasta mañana.

Luego que hubo cerrado la entrada, recorre los tortuosos subterráneos cuyo secreto él solo conoce, y su calva cabeza aparece por fin en medio de las ruinas de la capilla. Pero cuando semejante á un fantasma nocturno va á levantarse del seno de la tierra, un ligero ruido llega á sus oídos; se detiene estremeciéndose de ser descubierto: presta atencion y oye estas palabras.

— Lloras, Catalina mía, y estás apoyada en el pecho de tu esposo?... Ah! si supieses qué angustia me causa cada una de tus lágrimas! por piedad, amor mio, mírame, te arrepientes de haberte entregado á mí?

— Maldicion! exclamó el anciano con sordo acento y prosiguió escuchando.

— Tu padre es muy cruel! á sangre fría decretaba nuestra muerte: — pero tienes razon, basta de cólera, basta de odio, te perdono el mal que queria hacernos: si, cuando estemos unidos, le participaré el asilo donde nos hayamos refugiado.

El anciano hizo iostintivamente un movimiento para lanzarse en la capilla, para arrancar á su hija de los brazos de su raptor; pero se le ocurre un pensamiento y se detiene de golpe: si se presenta, está espuesto su oro! — El avaro permanece inmóvil.

— Vamos, Catalina, valor, busquemos la ventura, querida mia, destierra importunos recuerdos! oh! ver tu sonrisa, respirar tu suave aliento, oir tu dulce voz, basta para la felicidad de toda mi vida! — Qué son lo pasado y el porvenir cuando te estrecho en mis brazos? Lo presente es todo, un beso tuyo, y nada mas!

— Armando! — Armando! — ánjel mio! — mi Dios! — Y la voz de Catalina debilitándose poco á poco se ahogó al fin enteramente en el seno de su esposo.

El anciano escondido detras de un trozo de columna, sintió su cuerpo inundado de un sudor frio: sus dientes rechinaron, todos sus miembros se estremecieron, las uñas de sus crispados dedos se hundieron en la piedra que quedó manchada de sangre: pero se contuvo.

— Dime que eres dichosa, Catalina mia, que me amas, que no vacilas en seguirme...

— Mi pobre padre! exclamó llorando la contristada doncella.

Una lágrima se deslizó de las huecas pupilas sobre la amarillenta mejilla del anciano... pero se contuvo.

La una daba entónces en el reloj de Estrasburgo; al sonido de la campana sucedió el sordo rumor de pisadas de caballos. Armando imprime el último beso en la frente de su querida, levanta vivamente la cabeza y dice: Frank me ha cumplido su palabra: vamos, sigueme, Catalina, ven, dentro de tres dias estaremos en Ginebra, dentro de tres dias el Dios que nos protege habrá bendecido nuestra union...

La jóven ya no le oye, se ha desmayado: pero su amante la levanta en sus bra-

zos, y atraviesa rápidamente la capilla y las ruinas con su preciosa carga.

El avaro sale de su escondrijo, se precipita en el camino real, iluminado por la luna. Ni un objeto viviente se descubre; solamente á lo lejos, muy lejos divisa una nube de polvo: el anciano deja escapar un sordo y profundo gemido: se retuerce las manos, golpea su frente; pero después de un instante de desesperación, vuelve á la capilla, tiende una mirada inquieta en torno suyo, se acerca, arrastrándose, á los subterráneos, vuelve á colocar con precaución muchas piedras que disimulan la entrada, y se desliza al jardín murmurando: Al menos no han descubierto mi secreto.

### III.

En Ginebra, posada de Paris, en una habitación ricamente amueblada, se hallaba un jóven sentado y sosteniendo en sus rodillas á una hermosa doncella con la que conversaba en voz baja.

— Para el medio día? preguntaba tímidamente la doncella.

— Sí, para el medio día: el ministro y los testigos están ya avisados.

Pero en este momento se abrió estrepitosamente la puerta de la habitación.

— Gran Dios! exclamó Catalina cayendo á los pies de un anciano que acababa de entrar: era su padre.

Este la levantó: su semblante no expresaba cólera, sin embargo no la abrazó; tomó la mano helada de su hija sin decir una palabra, y se dispuso á salir haciendo al jóven, que se había quedado estupefacto, una señal para que los siguiese.

Después de haber caminado algún tiempo silenciosamente, entraron en el templo donde los amantes habían resuelto casarse, y donde los testigos esperaban.

Cuando Armando y Catalina hubieron

recibido la bendición nupcial, el anciano dirigiéndose á su yerno y á su hijo, les dijo con gravedad: Id á Burdeos; allí el ciudadano Gontran os instruirá de mi resolución, á la que debéis someteros. Adios... Y se alejó.

Quince días después, Armando y su mujer se embarcaron para América. Se dijo que iban á Filadelfia á fundar un establecimiento industrial y que podían emplear en esta especulación una suma de cincuenta mil francos.

El anciano volvió á su casa donde vivió solitario; cada seis meses recibía una carta de sus hijos á la cual contestaba. Poco á poco respondió con menos exactitud, y por último cesó enteramente. Estaba ya achacosos y muy viejo.

Un día notó un labrador que las puertas-ventanas estaban cerradas, hizo la misma observación muchos días seguidos: día por día, empezaron á circular mil siniestros rumores, la justicia visitó la casa del anciano, pero no le halló; sin embargo no había señal alguna de violencia ó de crimen.

Cuando Armando supo estos sucesos, formó el designio de abandonar la América con su mujer y sus hijos. Su suerte había prosperado; vendió sus establecimientos ventajosamente, y era ya bastante rico cuando pisó el suelo de Francia.

La posesión de su suegro fue aumentada y embellecida por él; y al ejecutar algunas obras se descubrió una parte de los subterráneos de la capilla, pero no la cueva.

Un hermoso día de junio se paseaba en su jardín cuando sintió temblar la tierra bajo su pies, lanzó un grito y cayó á una profundidad bastante considerable: sin embargo no se había hecho daño: pudo levantarse y examinar el paraje en que se hallaba y que parecía un pasadizo subterráneo; dió algunos pasos, se apoyó en una piedra, pero la piedra se escurrió, y divisó la entrada de una cueva poco espaciosa.



Entonces descubrió un hombre con el rostro apoyado en tierra y las manos extendidas á derecha é izquierda sobre montones de oro. Era el cadáver de su suegro.

## INVESTIGACIONES

### SOBRE LOS ENANOS.

Debemos entender por enano un ser en el cual todas las partes del cuerpo han sufrido una disminución general, y cuya talla es también muy inferior á la talla media de su especie ó de su casta. Esta definición, debida al sabio naturalista Geoffroy de Saint-Hilaire, se aplica perfecta-

mente á Matías Gullias, enano de veinte y dos años que fué presentado á la Academia de ciencias de Paris en 1837. Aunque hijo de padres perfectamente conformados, dejó de crecer á la edad de cinco años. Su cabeza es voluminosa, su fisonomía expresiva y regular, sin apariencia de barba; su pecho ancho y lien desarrollado; recta la columna vertebral; y los brazos y las piernas proporcionadas á su estatura de tres pies.

Los autores mas antiguos han hablado de los enanos, admitiendo tribus enteras de ellos en las regiones mas áridas y abrasadas del África. Pero esta hipótesis carece de fundamento, no siendo tampoco mas digna de fé la existencia de los Trogloditas en la Abisinia que la de los Pigmeos, hombrecillos á quienes los Griegos suponían guerreando siempre con las grullas. De-

jando á un lado estas naciones imaginarias y algunas historias particulares, como la de un poeta llamado Philetas, tan pequeño y poco pesado que era preciso poner en su calzado suelas de plomo para que el viento no lo derribase, es un hecho incontestable que los enanos fueron observados en la antigüedad. Marco Antonio tenía uno, cuya estatura no llegaba á los dos pies y al cual daba por recibida el apodo de Sísifo. Domiciano mandó reunir un número considerable de ellos para formar una cuadrilla de gladiadores. En los tiempos modernos se han visto bastantes en el nuevo continente.

Cuando la conquista de Méjico, hallaron los españoles en el palacio de Moteczuma muchos enanos que se habían juntado para diversion de este príncipe. En Europa, caída ya en desuso á fines del siglo XVI la moda de los bufones y locos de corte, se concedió á los enanos el triste privilegio de ocupar sus plazas. Catalina de Médicis habia reunido algunos de ambos sexos, con los cuales gustaba de formar matrimonios, que casi siempre fueron estériles. Citase tambien á una Electriz de Brandeburgo que tampoco pudo llegar á los placeres de la posteridad una raza de estos seres diminutos. Sin embargo, esta regla tiene sus escepciones. Los periódicos ingleses anunciaron el nacimiento en Londres de un enano de trece pulgadas y media que pesaba una libra y cuatro onzas. No obstante de haber nacido de todo tiempo y de tener una conformacion exterior perfecta, solo vivió una hora. Lo que hace todavia mas notable este hecho es la talla de sus padres, que, lejos de tener una estatura regular, son tambien enanos. El padre, D. Santiago de los Santos, nació en Manila y hallándolo el gobernador abandonado de propósito en un bosque, se compadeció de él y lo salvó. Era hijo de un hombre de seis pies y medio y de una mu-

jer de regular estatura; pero él no tiene mas que veinte y cinco pulgadas y cuenta cuarenta años de edad. En Birmingham conoció á su mujer que tenía treinta y uno y trece pulgadas mas que él. Amáronse desde el primer momento y se casaron el 14 de julio de 1832. D. Santiago goza de muy buena constitucion, habla muchas lenguas y es aficionado á la música y á las obras de cincelado. Su bebida habitual es agua caliente, y solo en los dias festivos se regala con un poco de vino de Francia. Su mujer llama la atencion por su apostura en una palabra, constituyen lo que se dice un buen matrimonio.

El nanismo puede no existir sino temporalmente. M. Virry refiere la historia de un niño enano, que á la edad de quince años se desarrolló rápidamente y llegó á la talla de cinco pies. Otras veces algunos individuos que nacieron con las dimensiones normales dejan muy pronto de crecer y quedan toda su vida debajo de la estatura del adulto: este es el caso de Matias Gullias. Por fin, otros niños notables por su extremada pequeñez al venir al mundo, son enanos en todas las épocas de su existencia. Estos tres jéneros de casos comprenden todas las anomalías observadas por disminucion de la talla.

Los enanos son jeneralmente irascibles y turbulentos. En ellos la circulacion y las demas funciones de la economia animal se verifican con mayor rapidez, porque el jiro y el espacio están mas circunscritos tambien llegan mas pronto á la pubertad, y como recorren con mas prontitud el círculo de su vida, envejecen y se desorganizan mas temprano. Algunos mueren caducos y enfermos ántes de los veinte y cinco años; otros alcanzan larga vida y conservan buena salud hasta una edad muy avanzada. Varios, como el célebre Bebé, son casi idiotas: algunos, como Borwilaski, noble polaco, muestran por

el contrario una capacidad poco común. Jeffrey Hudson, favorito de Enriqueta de Francia, reina de Inglaterra, dió pruebas de valor: por consecuencia de una disputa que tuvo con un tal Croft, lo desafió: batiéronse á caballo y con pistola; Croft recibió una herida mortal al primer disparo.

Las causas del nanismo no están aun enteramente conocidas. Sin embargo es cosa averiguada que el raquitismo produce por lo comun estas suspensiones en el desarrollo jeneral que se observan despues del nacimiento, y por analogía deben tambien atribuirse las que sobrevienen durante el curso de la vida fetal. Esta opinion se confirma plenamente por el hecho de que casi todos los enanos tienen desde la niñez los caracteres de lo que se llama constitucion raquitica. El esqueleto de Bebé presenta evidentes curvaturas en la columna vertebral y en los huesos de las piernas. Matías Gullias es mejor conformado: en él no se advierte rastro alguno de raquitismo: su talento está cultivado: habla cinco idiomas, el croato, el ilirio, el alemán, el francés y el italiano. Monta á caballo, maneja la escopeta con destreza y conversa muy agradablemente. Su pubertad se declaró á la edad en que la sienten los demás hombres y pensaba en casarse con una mujer de su misma estatura á quien encontró en Italia.

## POESÍA.

### MI INSENSIBILIDAD PROGRESIVA.

Ay! que se va apagando  
La llama santa que otro tiempo ardía . .  
Dentro mi pecho blando,  
Y sin cesar se enfria  
El tier que en mis venas discurría.

¡Deliciosos momentos,  
Cuando echando mis males en olvido  
En dulces pensamientos  
Pasaba embeberido!  
¿Para no mas volver habeis huido?

¿Do están las ilusiones  
Cuando en los dias de mi edad ardiente  
Loaba en mis canciones  
El Sol, cuando en oriente  
Su lámpara ostentaba resaliente:

La noche misteriosa  
Cuando tendía su estrellado velo:  
El ave generosa  
Cuando alzaba su vuelo:  
Y la santa virtud hija del cielo?

Entonces, si veía  
Al mérito morar so un pobre techo,  
Opresa el alma mia,  
Se me ponía estrecho  
Y se me derretía el tierno pecho.

Si al salir de esta choza  
Veía el vicio pasear triunfante  
En soberbia carroza,  
Puntábase al instante  
La indignacion en mi feroz semblante.

Unos ojuelos bellos,  
Unas mejillas de color rosado,  
Unos negros cabellos,  
Un pecho torneado,  
Me hacían palpar apresurado.

Los insondables senos  
Mirando de la mar, estremecime:  
Los prolongados truenos  
Con que el olimpo jime  
Me henchían ántes de terror sublime.

Mas ora, ya es en vano  
De su sueño sacar esta alma fiera,  
Aunque la escelsa mano  
El mundo destruyera.  
Ay! cuanto disto de lo que ántes era!

Contemplo fríamente  
Al padre de la luz hacer su jiro,  
El alma apenas siente,  
Como ántes no me admiro,  
Ni como suspiraba ya suspiro.

La alegre primavera  
Por olorosa éfiro llevada,  
Triscando en la pradera  
Con la cesta enrejada  
Llena de flores mil, ya no me agrada.

La copa de Lico  
No es para mí como ántes tan sabrosa,  
Ni tan gsto del pájaro el gorjeo,  
Ni la luz tan hermosa,  
Ni tan fragante el cáliz de la rosa.

Mas que la cera hervida  
Tierno mi corazón formó natura;  
Mas, luego arrepentida,  
Cubrió tanta blandura  
De una corteza mas que el bronce dura.

Secáronse mis ojos,  
Calió mi lengua, se arrugó mi frente:  
Mis nervios están flojos  
Y Hojas igualmente  
Las cuerdas de mi lira, allí pendiente.

Hundíese los imperios  
He visto ya con torva indiferencia;  
Y en anchos cementerios  
Hundíese á mi presencia  
La mitad vide de la gran Favencia. (D)

En reducidos años  
Víctima fui de cien calamidades:  
Vi pestes, guerras, daños,  
Crudas enemistades  
Dividiendo á familias y á ciudades.

En medio á tanto estruendo,  
Acostumbrado al llanto y al jemido,  
Me he ido endureciendo  
Qual ane le roble erguido  
Al soplo de aquilon robustecido.

Por eso no me inspira  
El niño ciego, ni en su ardor me abraso,  
Ni en modular la lira  
Mis largas horas paso,  
Inútil á las musas y al Parnaso.

Por esto ya no sigo  
De glorioso laurel tras una rama,  
Por esto ya no abrigo  
Noble anhelo de fama,  
Ni del oro la sed mi pecho inflama.

Así guardar procuro  
Mi corazón ajeno de cuidados:  
Así libre y seguro  
Solo por esos prados  
Verásme y por senderos apartados.

Mi antiguo sentimiento  
Con esta indiferencia allí comparo,  
Y mantenerme intento  
De lágrimas avaro;  
Que el placer de llorar es harto caro.

¡Mil veces desdichado  
El que se entrega, en demasia bueno  
Mas poco escarmentado,  
A la piedad sin freno  
Y á los bellos afectos abre el seno!

¡Feliz aquel empero  
Que á todo sentimiento generoso  
Cierra su pecho fiero,  
Y á quien es horroroso  
El dictado de padre y el de esposo!

Tal es, yo lo he probado,  
Tal es del mundo la lección terrible:  
Tan injusta es del hado  
La fuerza irresistible.  
¡Ay infeliz del que nació sensible!

B. C. ARIBAS.

Barcelona — Marzo de 1824.

(D) La Sebre unavilla hizo estragos en Barcelona durante el otoño de 1821.



## LOS CRUZADOS EN VENECIA, ó la finjida Emperatriz.

(Continuación.)

### SIN TÍTULO.

Los peregrinos franceses se reunieron en la gran plaza de S. Marcos, al amanecer del día siguiente. El Conde de Flandes y el de Blois marchaban en primera fila, á la cabeza de los guerreros de sus respectivos países. Armados de punta en blanco, flotaban de trecho en trecho los pendones y estandartes sobre sus yelmos relucientes. Felicitábase unos á otros por la proximidad de su partida: era llegado el día que el Dux se había servido fijar. Cada cual señalaba con semblante regocijado y corazon animoso los lijeros vasos venecianos, dispuestos para el transporte, que se mecían blandamente en un mar pacífico, ostentando los rojos gallardetes. Empero, el Conde de Flandes, con semblante macilento, colocándose en medio de los principales caballeros, que le rodearon para escuchar lo que se proponía decirles, manifestó que muchos de los Señores que habían tomado la cruz se embarcaban para la tierra santa en otros puertos, lo cual ponía en gran tribulacion á los compañeros de expedicion residentes en Venecia, teniendo que pagar á la República una suma cuantiosa. Que Juan de Nesle, Nicolas de Maylle y otros le habían prometido solemnemente sobre los Santos Evanje-

lios pagar el estrecho de Gibraltar, y reunirse con los demás en esta ciudad; y que sin embargo, con mengua del juramento prestado, no habian cumplido la promesa.

Tratábase ahora de reunir los ochenta y cinco mil marcos de plata, que era forzoso entregar á Enrique Dandolo por la conduccion de cuatro mil y quinientos caballeros, nueve mil escuderos y veinte mil soldados. En vano buscaban todos al Marques de Montferrat, uno de los primeros caudillos de la expedicion: Guido de Cernay iba ya á dirigirse á la isla de S. Nicolas del Lido, para informarse de los motivos de la tardanza del Marques, cuando compareció este, con paso presuroso, ademan desconcertado, y rostro sombrío. El Conde de Blois que tenía noticia de su sigiloso matrimonio, saliendo al encuentro al Marques le tendió la mano con amable sonrisa; pero hubo de retroceder sorprendido, y aun asombrado, cuando vió á Montferrat dejar caer su cabeza sobre el pecho, con abatimiento mortal. El Conde de S. Pablo, y otros muchos caballeros corrieron á sostenerle, conjurándole para que les explicase la causa de su tristeza y desconcierto; y aunque Montferrat se negó obstinadamente al principio á toda explicacion, alzando por fin los ojos al cielo, se persignó con detenido cuidado y prorumpió en las siguientes palabras.

— ¿Donde está Guido de Cernay? Que venga aquí al momento! Guido... mi venerado Guido, es preciso confesarme sin demora: estoy en pecado mortal. El espíritu de las tinieblas ha mancillado mi alma, y no habrá en la gran pila de la Iglesia de S. Marcos agua bendita suficiente á lavarme y purificarme del inmundado contacto de Satanas.

— Pero ¿qué es esto? dijeron los caballeros, mirándose unos á otros. Se ha vuelto loco nuestro buen amigo el Marques de Montferrat!

— Por Cristo, repuso el Marques con viveza: yo quisiera veros frente á frente con el diablo en persona, creyendo tener entre vuestros brazos una hermosa emperatriz!

— Adelante, dijo impaciente el Conde de Blois: eso parece increíble; pero manifestadnos...

Montferrat hizo con su boca una horrible mueca, dedicada al espantoso recuerdo de su negra aventura, y continuó diciendo:

### AQUÍ ANDA EL DIABLO!

— Mis buenos amigos, plegue al cielo que el pecado carnal no arrastre vuestros deseos mas allá de lo que es permitido á un buen cristiano! Y si el demonio os tienta... si quiere empeñeros á violar las disposiciones de nuestra santa madre iglesia, en tanto que las cruces permanezcan cosidas á vuestras dalmáticas, que Dios os asista! y que compadecido de vuestra debilidad os traiga á camino de salvacion con su santa gracia! Oídme, pues. Compelido por un amor insensato, no obstante las hulas de nuestro Santo Padre el Papa, me decidí á contraer secreto matrimonio con la emperatriz Margarita de Hungría, viuda de Isaac Comneno, soberano de Constantinopla. Había yo descubierto, por una casualidad, el retiro de esta hermosa princesa que se refugió tiempo ha en Venecia, para hurlar las exquisitas pesquisas del asesino de su real esposo. Ayer noche recibí la mano de la ilustre viuda delante de un ministro de Dios, y con ella la bendicion nupcial. Conduje en seguida á mi domicilio la compañera que mi buena fortuna me había deparado; y cuando me hallé solo á solo con la emperatriz... ¡Que Dios me asista! le renové mis amorosas protestas. Estaba un poco trastornada: yo mismo

la despojé de su largo velo. ¡Ah! ¡Cuan bella... cuan seductora me pareció en aquella actitud! Los púdicos ojos casi clavados en la tierra, su rostro envuelto entre los ensortijados y rubios cabellos que descendían hasta su abreviada cintura... ¡Qué hermosa estaba, mi venerado Guido! En mis transportes apasionados, en mi amoroso frenesí me faltaron las fuerzas, y caí á sus pies arrodillado, con las manos cruzadas sobre el pecho; como si me hubiera encontrado de repente delante de la Madre del Salvador del mundo.

— Marques, interrumpió el Conde de Blois, no veo hasta ahora gran causa para vos de pesar ni de arrepentimiento. ¡Por Jesucristo! Si el diablo diese en acostumbrarse á tomar esas formas para tentar la virtud de los justos, puede que despoñase el paraíso!

— Tened un poco de paciencia, continuó Montferrat, con la calma mas fria y mas imperturbable. Mis brazos oprimieron afectuosamente un cuello de alabastro, cuando una sola lámpara que alumbraba mi sala de armas, donde descansábamos, se apagó no se como, dejándonos en la mas completa oscuridad.

— Y bien, dijo Guido de Cernay ¿que importa eso? Yo no creo que en semejante caso sean necesarios tampoco los conjuros ni los exorcismos.

— Llegamos, prosiguió el Marques, al terrible incidente que primero despertó en mi alma una vaga sospecha, inspirándome despues la certeza absoluta de haber sido engañado por una diabólica aparicion. Sí, mis queridos amigos. Satanas en carne y hueso, bajo las formas exteriores de la ínclita emperatriz, tan celebrada en la cristiandad por sus desgracias como por su hermosura, Satanas, os repito se dividió mi lecho, transformándose, para acabar de burlarse de mí, en una tímida virgen. Horrorizado al convencerme de que la ilus-

tre viuda de Isaac, que ha dado herederos al trono de los emperadores del Oriente, no podía ser la misma que se hallaba á mi lado, me levanto pavoroso: huyo por entre las columnas de mi sala de armas: tropiezo á cada paso... grito... maldigo la oscuridad, y busco una lanza para luchar con el espíritu de las tinieblas. Tardando en hallarla (¡ tanta era mi turbación, acrecida por la ausencia de la luz!) empiezo á recitar, en alta voz un exorcismo, y oigo al mismo tiempo abrirse una puerta con desusado estrépito. Escucho atentamente, sin moverme, y aun sin respirar: siento pasos á lo lejos, sigo escuchando y continúan las pisadas con un ruido confuso, en medio del cual pude distinguir perfectamente una risa desentonada y muy aguda, que era la risa de Lucifer!!! Redoblo entónces mis gritos: acuden mis escuderos: mi lecho, mi habitación estaban desiertos, pero se percibía muy bien cierto olor azufrado que se desvaneció algunos momentos despues, al presentarse el clero de la parroquia de San Nicolas entonando las sagradas letanías. Esta mañana he puesto en movimiento todos mis criados para dar alcance á la fugitiva, pero no han sabido traerme otra noticia que la de que el judío Yaoud, de quien se sospechaba entretener comercio ilícito con los agentes infernales, ha sido arrebatado de su casa por ellos esta misma noche con cuanto poseía.

Veid aquí la historia, mis amados caballeros. ¿Greeis que pueda yo estar contento y alegre, despues de sucesos semejantes? Habermé casado con el demonio, y pensar que allá en los lagos de pez y plomo hirviendo, en que este traidor se solazaba, será capaz de hacerse tributar por los condenados los honores debidos á la Marquesa de Montferrat! Mi venerado Guilo, mi querido capellán... pronto... la absolución de este pecado involuntario. Yo cum-

pliré cuantas penitencias me impongais, yo me purificaré en las santas aguas del Jordán, y fundaré una iglesia en mis dominios. ¡ Pobre Pablo! ¡ Pobre poeta! víctima de mi colérica furia, inflamada por un espíritu de vértigo! ¡ Donde estás! ¡ Ah! tu cuerpo habrá sido despedazado contra las rocas por las olas del Adriático! Tranquilízate: haré quemar por tí en los altares la mas blanca cera; mandaré celebrar misas por el reposo de tu alma. ¡ Perdóname, desgraciado Pablo!

Al pronunciar las últimas palabras se dejó caer el Marques de Montferrat sobre sus rodillas, y besó devoto y compunjado la cruz de su espada. Guilo de Ceruay llamó sobre el caballero la bendición celestial, haciendo al demonio todas las intimaciones de costumbre para que renunciase á cualquier género de relaciones con el alma del timorato Marques.

El eco penetrante de las trompetas venecianas estalló repentinamente en los atrios del palacio ducal: las campanas de San Márcos anunciaron á los peregrinos la presencia del Dux.

(Se continuará.)

## PINTURA

### DE UN VASO ANTIGUO.

HÉRCULES LLEVANDO EL JABALÍ Á EURÍSTEO.

El grabado que ofrecemos á nuestros suscriptores presenta uno de aquellos asuntos sobre cuya interpretación no puede haber disenso entre los arqueólogos. Sin grande caudal de erudición se reconoce al héroe tebano en el personaje que va car-

gado con el jabalí, y al rey Euristeo en el hombre oculto en la tinaja. Las manos tendidas de este último revelan su terror y forman singular contraste con la calma de Hércules que trae viva la fiera de Erimauto. El hijo de Alcmena cinge una espada por encima de su recamada túnica y cuelgan de sus hombros el arco y el carcaj. Su habitual protectora, Minerva, está armada con el casco, con la ejida y con la lanza, siendo lo más raro de su vestimenta un

cinturón que, después de ajustar la túnica, baja dividido en dos listones hasta los pies. Su mano levantada y su cabeza vuelta hacia el grupo principal manifiestan la sorpresa que le causan ya la valentía de Hércules, ya el espanto de Euristeo. Al lado de este se ve una mujer en ademán de alejarse. Qué nombre daremos á esta figura? El que mejor le cuadra es el de Hera, que en el parto de Alcmena protejió á Euristeo, prefiriéndolo á Hércules.



Las escavaciones de Etruria han aumentado considerablemente los monumentos relativos á este místico asunto, que se encuentra reproducido en una multitud de

vasos. En todas estas pinturas los personajes son los mismos; circunstancia que nos ha decidido á darlos á conocer á nuestros lectores.

## EL LICEO.

En medio de la agitación y el trastorno que ocasionan al país las políticas contiendas, y á través del encono y acrimonia de nuestras civiles discórdias, asombra y consuela á un tiempo ver al Liceo crecer y elevarse majestuoso á la altura á que su importancia le tiene destinado. Humilde en su origen, contrariado y vacilante en sus primeros pasos, sostenido por una juventud ardiente y apasionada que supo procurarse recursos y medios, interesando á un gran capitalista, ha conseguido el Liceo vencer los más poderosos obstáculos, sobreponerse á las preocupaciones y antipatías, y llegar, solo por la excelencia de su institución, al complemento de su organización y vida.

Si nuestro objeto no fuera absolutamente inofensivo y literario, y si no temiéramos deslizarnos insensiblemente en el peligroso terreno de la política, ballaríamos en la marcha del Liceo hasta su consolidación definitiva, un remedo harto semijate de nuestra revolución. Pero huyendo de peligrosas comparaciones, y dejando á la prensa militante intactos sus derechos, consideraremos aisladamente, aunque con detenimiento, el espacio que hasta hoy ha recorrido el Liceo.

Nació, como á otros grandes establecimientos ha sucedido, de una casual y espontánea aparición. Tres jóvenes se hallaban reunidos en la casa de un amigo: dibujaba el uno, escribía el otro y preludia el tercero en el piano. ¡He aquí una brillante ocupación!... dijo el espectador. La pintura, la poesía y la música haciendo ostentación de sus encantos!... De esta sencilla observación nació el Liceo. Removióse á aquellos tres otros jóvenes, artistas, y al aficionado otros aficionados,

y el Liceo fué insensiblemente creciendo en brazos de D. José Fernandez de la Vega, dueño de la casa en que se hizo la observación. Tenemos particular complacencia en hacer esta honorífica mención, porque creemos injusto y apasionado, cuando se trata de la infancia del Liceo, prescindir del jóven que le arrulló en su cuna, y le prodigó los primeros cuidados, sin los cuales no hubiera sin duda alguna llegado al punto en que hoy se halla. Fué pues rápidamente aumentándose el Liceo, y tanto se robusteció, que no pudo contenerse ya dentro de los límites á que había sido hasta entónces reducido. Procuró, pues, su emancipación, y esto le causó un estreñecimiento tal, que no pocos temieron por su existencia. Pero felizmente en esta ocasión, como en alguna que otra suele acontecer, el instinto de la juventud fué más atinado y previsor que la experiencia de la ancianidad. Había el Liceo hasta entónces vivido por los cuidados y bajo los esfuerzos de su fundador, que, según hemos ya observado, le prodigó una asiduidad y un esmero paternal; pero esta existencia era mezquina y precaria y el Establecimiento lleno de porvenir, porque habían de alimentarle la inagotable inspiración de las artes y las esperanzas de una fogosa juventud, quiso adquirir una vida propia, independiente, superior á cuanto dentro de su círculo se hallára, porque ántes era el fundador una condición esencial del Liceo, y para que este se viera convenientemente constituido era preciso que fuera de su institución nada hubiese para él indispensable.

Organizóse pues definitivamente el Liceo y fueron desvaneciéndose los temores de que la transición pudiera atacarle mortalmente. Aun quedaron y existen todavía no pocos que desconían de la subsistencia durable del Liceo, y hemos de examinar al paso las razones en que se fundan.

Los son los argumentos principales de que se valen: el primero, que habiendo en Madrid otro establecimiento de su clase, floreciente y sólidamente constituido, que encierra en su seno lo mas selecto y entendido de la sociedad de Madrid (el Aranzó) no es posible que se sostenga y pueda alimentar la capital este instituto análogo y tan parecido; y el segundo, que formando las Señoras parte integrante del Liceo, y siendo estas de condicion voluble y picajosa, es muy temible que les produzca muy pronto hastio lo que hoy les causa entusiasmo, atacando así al Liceo por su base. A uno y otro contestaremos.

El Aranzó y el Liceo se distinguen por su objeto, tanto como por los medios de conseguirlo. Es el Aranzó científico, y artístico el Liceo: es puramente teórico y doctrinal el uno y práctico principalmente el otro, ¿en qué se parecen pues si ya no es en que en ambos se aprende y se enseña? ¿Quién hallará identidad entre una sesion del Aranzó, grave, silenciosa é imponente, en que con madurez y detenimiento se discuten las mas profundas materias, y otra del Liceo, alegre y bulliciosa, en que cada una de las artes hace gala á un tiempo de sus admirables creaciones?... Parecemos el Aranzó como una reunion de los mayores que consultan y contienen sobre las observaciones y adelantamientos de la larga carrera de su vida para dejar consignadas á la juventud sus fundadas opiniones: y el Liceo como el alarde que esta juventud lozana é intrépida hace de los deliciosos arranques de su ardiente imaginacion. El Aranzó conviene al entendimiento; el Liceo persuade y deleita la imaginacion. El Aranzó dá las reglas; el Liceo hace la demostracion: El Aranzó enseña con el estudio; el Liceo con este y el ejercicio. No vemos razon para creer que estos establecimientos tan útiles y respetables se escluyan el uno al otro, ántes por el con-

trario demuestra la experiencia que muchos de los Varones eminentes, que pertenecen á los dos, en el Liceo no toman una parte activa porque es para ellos demasiado brillante y fatigosa, y en el Aranzó figuran en primer término porque es mas sosegado y profundo el ejercicio con que allí se profesa la literatura y las ciencias.

No existe pues la pretendida rivalidad entre el Liceo y Aranzó: cada uno tiene una órbita distinta por donde jirar, sin que se acerquen, si no para aumentar quizá su resplandor, y sin que pueda temerse un choque que los destruya.

Ménos fundada nos parece aun la segunda consideracion respectiva á las Señoras. Lejos de ver nosotros en la cooperacion de estas un elemento de destruccion, lo consideramos como de origen de vida y estabilidad. Prescindirémos de la exajeracion que pueda haber en la calificacion de ligereza atribuida al bello sexo con relacion á este asunto; pero, aun concedida esta condicion en la individualidad, no creemos que pueda afectar en jeneral á la clase. Y por lo demas ¿cuanto no embellece al Liceo el concurso de las Señoras, ya como profesoras de las diferentes artes, ya como concurrentes y admiradoras? ¿Qué sería del ejercicio práctico de la música sin los encantadores acentos de la voz de nuestras hermosas? Y ¿qué realce no adquiere el pincel en la delicada mano de una bella? ¿Y cuanto no se aumenta el fuego del artista y el vuelo de la imaginacion al subir á la tribuna y al manejar los pinceles en presencia de cien beldades, entre las cuales se halla quizá la que con una sonrisa proporciona la recompensa mas grata y apetecida del poeta y del pintor? Señal francos los severos adversarios del bello sexo y no podrán ménos de confesar que donde las hermosas se encuentran, allí nos arrastran y nos cautivan embelleciendo los

momentos en que se nos muestran con todos los atavíos de su atractivo y encantos. Si es verdad que alguna mas quejumbrosa se cansa y se retira, tambien lo es que otras se complacen en no imitarla, y no hay que temer que desaparezcan hasta el punto de comprometer la existencia del Liceo.

Pero dejando ya esta digresion volvamos á seguir el hilo de nuestras observaciones.

Constituyóse socialmente el Liceo, nombró una junta que le dirijese y gobernase, y volvió á recobrar su interrumpida brillantez. Muy pronto empero hubo de necesitar mayor ensanche: no cabia ya en el local que ocupaba, y, llegado á un término dado, parecia como parado el establecimiento descansando de sus pasados esfuerzos y fatigas. De aquí data el tercer periodo del Liceo y es el de su traslación al palacio de Villa-Hermosa. Hizose una reforma considerable en sus constituciones, señalóse la nueva era con el brillante concierto de instalacion, que honró con su augusta presencia la Reina Gobernadora, y admiróse mas florido de la sociedad de Madrid, y desde entónces el Liceo no ha dejado de seguir una progresion ascendente de adelantamientos y mejoras.

Una de las mas notables es sin duda la apertura de las cátedras, y en este punto forzoso nos es disentir no poco del severo y descontentadizo folletinista del Correo Nacional. No seremos nosotros quienes intentemos privar á la prensa de su derecho de juzgar con rigidez las cosas públicas; pero si exijéremos siempre que se haga con fundamento y aplomo. Las alabanzas pueden prodigarse por galanteria; las censuras no deben hacerse sin el apoyo de poderosas razones. Y en verdad que no las presenta en su amarga critica de las do principios de literatura y literatura comparada el folletinista del Correo.

Lo que acerca de los Sres. Escosura y Espronceda dice el rigoroso crítico son jeneralidades de tal naturaleza que no pueden contestarse sino con negativas absolutas y diversidad de pareceres, y no es este por cierto el modo de emitir juicios acertados, segun se demuestra por el que acerca de la cátedra del Sr. Moreno, firma el mismo articulista. Dejando, pues, para cuando se fijen determinadamente las razones en que se apoya el desventajoso concepto que de las dos cátedras citadas rebozadamente se manifiesta, diremos nosotros que en esas como en las demas enseñanzas, hemos notado novedad y filosofia en las doctrinas, lozanía y gala en el modo de expresarlas, y si tal vez en las primeras lecciones se echaba de ménos en alguno cierto desembarazo en la expresion, este pequeño lunar, efecto natural de la falta de costumbre de producirse en público, ó tal vez del exceso de riqueza de imaginacion, ha ido desapareciendo progresivamente.

Otra observacion nos queda que hacer aun con respecto á estas cátedras, y es, que han de diferir por fuerza de las del Arxago, tanto quanto distan el uno y otro instituto. Deben ser las de aquel establecimiento mas profundas y teóricas, y mas prácticas y demostrativas las de este: debe examinar el uno las reglas constitutivas, el otro las de aplicacion: y de esta diferencia ha de resultar mayor provecho á la enseñanza comun.

No concluirémos este artículo sin hacer notar otra de las mejoras que se han obtenido, y es el aumento de una sexta seccion dramática declamatoria y lírica, que ofrece un nuevo campo donde cojer laureles, ya á los profesores de tan difícil arte, ya á los ingenios españoles músicos y poetas. Juzgamos que, penetrando esta seccion la índole y objeto del establecimiento que la ha creado, emprenderá la senda nueva que

naturalmente le está trazada. El Teatro del Liceo debe distinguirse de todos los demas. No ha de buscar la recreacion forzada de los espectadores, como los TEATROS públicos, ni la diversion y lucimiento de los actores como las particularas. Hemos dicho *forzada*, en el primer caso, porque tal reputamos la que ha de nacer de las sensaciones de la jeneralidad; pues, sea dicho de paso, en los muchos suele estar la ignorancia mejor que el juicio recto y la intelijencia, y á un concurso sin eleccion es preciso arrancarle emociones por impresiones del momento y sensaciones profundas. Pero en el Liceo, cuyo público se compone únicamente de los socios, es necesario presentar las mas delicadas producciones del arte, que tal vez serian fríamente recibidas sino desechadas en el Coliseo, á donde el espectador acude indistintamente á comprar algunos momentos de esparcimiento y de placer. Esperamos pues y aun tenemos fundados motivos para confiar en que el Teatro del Liceo será una cosa diferente de los otros que conocemos: que tendrá el colorido artístico y literario que debe hacerle brillar: que se propondrá por fin esclusivo el presentar con verdad y sin ninguna especie de afectacion ni desaliño las mejores creaciones de nuestros grandes poetas: que mantendrá con toda su brillantez y lozanía ese rico y envidiado tesoro de nuestros célebres maestros, siendo como un asilo donde se conserve y se pueda mostrar á los intelijentes esa

preciosa antigüedad que ha desterrado de nuestra escena la falta de actores y la degeneracion del gusto.

Esto esperamos de la seccion dramática de declamacion. Con respecto á la lírica, creemos que no desaprovechará la ocasion que se le proporciona de crear una ópera nacional. ¿Qué de ventajas no producirá al país esta sola innovacion? ¿Es posible que el pueblo de los trovadores, el que acaso mas se distingue por su propia fílarmonía, ha de hallarse aun mendigando la música en otros climas? Confiamos en que la seccion no desatenderá tan patriótico deseo.

Honor pues á la juventud estudiosa que ha sabido vencer tantos obstáculos y elevar á tal grado de perfeccion un establecimiento grandioso! Gratitud eterna al que infatigable lleva al frente de esta corporacion el grave cargo de dirigirla, y cuya actividad proporciona tan ventajosos resultados... Su corazon debe estar gozoso y satisfecho, porque al cumplir los deberes gratos que se ha impuesto hace un bien inmenso á la Nacion.

L. P.

## RAMILLETE.

Ninguna de las artes de lujo puede alcanzar grande perfeccion donde no haya escuelas públicas de dibujo. No basta una sola, son necesarias muchas. Una nacion en la cual se enseñase á dibujar, como es costumbre enseñar á leer, sobrepujaría á las demas en todas las producciones de gusto y delicadeza.

INDICE DE ESTE NÚMERO. — El Avaro, ó una hija y un tesoro. — Investigaciones sobre los ensanos. — Poesía: Mi insensibilidad progresiva. — Los Cruzados en Venecia: (Continuacion). — Pintura de un vaso antiguo: Hércules llevando el jabalí á Euristeo. — El Liceo. — Ramillete.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,  
calle del Amor de Dios, número 7.